

## ¿SE PUEDE CAMBIAR LA UNIVERSIDAD?

**Samuel Segnini**

Durante las últimas décadas la crisis universitaria, ha sido y continua siendo uno de los temas de reflexión que mayor atención y tiempo ha recibido de parte de los pensadores preocupados por el destino de dicha institución. Numerosas y diversas son las causas de ésta crisis. Para algunos, la crisis universitaria forma parte de la crisis que vive el país y es el fiel reflejo de una sociedad también en crisis, para otros la universidad está en crisis porque no satisface las demandas que la sociedad hace de ella y no cumple con el objetivo de formar cualitativa y cuantitativamente los profesionales que el país necesita. Más allá de las disquisiciones filosóficas de su origen, es una realidad inobjetable que la crisis universitaria se ha mantenido vigente en el tiempo y que son numerosas las consecuencias negativas que su permanencia ha traído para el desarrollo de la universidad, especialmente porque se ha consolidado un proceder perverso que además de desvirtuar la misión de la universidad ha permitido entre otras cosas: el enquistamiento de grupos en el poder; un escaso desarrollo de políticas institucionales para la planificación, manejo, evaluación y control de la actividad académica, administrativa y de servicio; la perpetuación de un manejo ineficiente y centralizado del presupuesto; y el arraigo de una burocracia excesiva y entorpecedora que ha mal entendido su propia existencia como fin y no el medio para alcanzar el propósito excelso de la universidad.

Numerosos, aunque aislados y parciales, han sido los esfuerzos realizados para revertir este proceso de degradación, pero son poco los beneficios obtenidos. El entusiasmo del esmeril renovador ha hecho poca mella en la fuerte estructura conservadora universitaria. Dentro de este contexto las propuestas de grandes cambios para la universidad, aunque bien intencionadas son utópicas o quiméricas, porque además de enfrentarse a una estructura establecida fuertemente conservadora, se tendrían que hacer en un clima poco propicio por la alta conflictividad política y social en la cual ha estado sumergida el país en el último lustro, disputa que ha logrado permear al interior de la universidad, convirtiendo muchos de los espacios destinados a la discusión y reflexión sobre el saber y el quehacer universitario, en arenas de lucha entre posiciones extremas e irreflexivas, alentadas la mayoría de las veces por intereses personales o de grupos en función de un beneficio político. Parece entonces una contradicción o una falta de sentido querer asumir posiciones de liderazgo universitario acordes con la transformación cuando las posibilidades de mejorar la institución son exiguas. Pero es necesario intentarlo repetidamente, no se debe

desfallecer aunque sean infinitos los intentos, es una obligación de quien se sienta un universitario auténtico el intentar transformar la universidad, aunque como dice el poeta sea “*golpe a golpe o verso a verso*”, porque poco a poco se construye el camino. De no hacerlo, factores externos propiciarán los cambios y esto no se puede permitir, la universidad se debe mantener lejos de la voracidad política y de las posiciones demagógicas. Dentro de este contexto una alternativa viable por ser menos conflictiva y factible, es que los universitarios asumamos colectivamente como misión la gestación de una nueva universidad con base a la acumulación progresiva y acelerada de pequeños cambios realizables en el corto y mediano plazo, cuya suma produzca la renovación deseada sin mayores traumas. La virtud de un proceso progresivo de transformaciones, es que la estructura establecida hace concesiones pequeñas siempre que no sean un peligro inminente. Por el contrario, un intento grande de modificación genera una fuerte tensión entre el *status quo* y el *deber ser*, que inevitablemente será favorable al primero, por estar más arraigado y ser parte del devenir cotidiano de los universitarios. Las modificaciones pueden generarse dentro del propio sistema establecido si se aprovecha esa condición natural de los seres humanos, que al igual que los demás seres vivos, les permite habituarse o adaptarse sin mayores dificultades a los cambios pequeños, continuos y favorables. Esta es una ley natural, sobre la que se sustenta la evolución orgánica.

Mérida, 02/03/04